

2n. cicle de Lectures poètiques
"Llegir poesia en temps de crisi"

De febrer a juny de 2015 a l'auditori de la Biblioteca Vapor Badia de Sabadell

1^a. Sessió, 25 de febrer, a càrrec de Josep Maria Ripoll
Poemes de "Hombre y camello" de Mark Strand

Nascut a Summerside, al Canadà, el 1934, i mort a Nova York el 2014, és una de les grans veus de la poesia nord-americana d'aquests últims anys. Professor a nombroses universitats, va ser un gran admirador de la pintura surrealista i autor d'un llibre sobre Edward Hopper. Va traduir des de Dante Alighieri fins a Rafael Alberti o Octavio Paz, que al seu torn també va traduir-lo a ell. Sobre el seu concepte de poesia, influït en part per Wallace Stevens, va afirmar: "Penso que un poeta no escriu un poema pensant que se l'entendrà a la primera o a la segona lectura. L'escriu pensant que el poema es llegirà més vegades, i el seu sentit serà revelat en el curs del temps, o es revelarà *a si mateix* en el curs del temps".

FUI EXPLORADOR EN EL POLO

En mi juventud fui explorador en el Polo,
pasé incontables noches y días helándome
de lugar vacío en lugar vacío. Finalmente,
dejé de viajar y me quedé en casa
y creció en mí un repentino exceso de deseo
como si me atravesara un resplandeciente
haz de luz de los que se ven en los diamantes.
Llené página tras página con las imágenes de las que había sido testigo...
El ruido del hielo en el mar, glaciares gigantes, el blanco de los icebergs
azotado por el viento. Luego, no tenía nada más que decir, me detuve
y dirigí la mirada hacia lo más próximo. Casi al momento
apareció entre los árboles frente a mi casa
un hombre con abrigo oscuro y sombrero de ala ancha.
La forma en que miró al frente y se quedó quieto,
sin mover las piernas, los brazos colgando,
me hicieron pensar que lo conocía.
Pero, cuando levanté la mano para saludar,
retrocedió un paso, se volvió, empezó a desvanecerse
como el anhelo se desvanece hasta que no queda nada de él.

ERROR

Nos dejamos llevar por la corriente bajo las dispersas estrellas
y dormimos hasta que se levantó el sol. Cuando llegamos a la capital,
que se hallaba en ruinas, hicimos un buen fuego con las sillas
y mesas que hallamos. El calor era tan intenso que los pájaros
que había arriba ardían y caían a tierra envueltos en llamas.
Los comimos, luego seguimos a pie hasta regiones
en las que el mar está helado y el suelo está sembrado
de cantos rodados parecidos a la luna. Si nos hubiéramos detenido,
si hubiéramos dado media vuelta, si hubiéramos vuelto al jardín del que veníamos,
con su urna rota, el montón de hojas podridas, y nos hubiéramos sentado
a mirar la casa y viendo sólo el paso
de la luz del sol por las ventanas, eso habría
bastado, incluso si el viento hubiera chillado y las nubes se hubieran precipitado hacia el mar
como las páginas de un libro en las que no hubiera nada escrito.

ASCENSOR

1.

El ascensor bajó al sótano. Se abrieron las puertas.
entró un hombre y preguntó si subía.
"Bajo —dije—, no subo."

2.

El ascensor bajó al sótano. Se abrieron las puertas.
entró un hombre y preguntó si subía.
"Bajo —dije—, no subo."

MAR NEGRO

Una noche clara, mientras los demás dormían, subí
por las escaleras hasta la terraza de la casa y bajo un cielo
cuajado de estrellas me quedé mirando el mar, su extensión,
las crestas de las olas peinadas por el viento, que llegaban a parecer
trocitos de encaje arrojados al viento. Allí me quedé toda la larga,
susurrante noche, esperando algo, una señal, una luz distante
que se acercara, e imaginé que te acercabas,
las oscuras ondas de tu cabello enredándose con el mar,
y la oscuridad se convirtió en deseo; y el deseo, en la luz que llegaba.
Tu cercanía, tu calor fugaz cuando estaba allí
en aquella solitaria altura observando los lentos movimientos del mar
al romper en la orilla, volviéndose breve cristal para desaparecer...
¿Por qué creía que aparecerías de la nada? ¿Por qué, con todo
lo que puede ofrecer el mundo, ibas a venir sólo porque yo estaba allí?

MADRE E HIJO

El hijo entra en el cuarto de la madre
y se pone al lado de la cama donde yace.
El hijo cree que ella quiere decirle
lo que más desea escuchar—que es su niño,
que siempre será su niño. El hijo se inclina para besar
los labios de la madre, pero los tiene fríos.
El funeral de los sentimientos ha comenzado. El hijo
toca las manos de la madre por última vez,
y luego se pone a mirar la cara llena de la luna.
Una luz cenicienta cayendo sobre el piso.
Si la luna pudiera hablar, ¿qué diría?
Si la luna pudiera hablar, no diría nada.

ESPEJO

Una habitación blanca y una fiesta,
y yo estaba con unos amigos
bajo un gran espejo con un marco dorado
ligeramente inclinado hacia adelante sobre la chimenea.
Bebíamos whisky,
y algunos de nosotros, insensibles al dolor,
intentábamos decidir
exactamente qué tono de amarillo
creaba en nuestras bebidas el sol poniente.
Cerré los ojos un momento,
luego levanté la mirada hacia el espejo:
una mujer con un vestido verde
se apoyaba en la pared opuesta.
Parecía distraída,
los dedos de una mano
enredaban nerviosos con el collar
y miraba al espejo,
no a mí, más allá de mí, a un espacio
que quizá ocupase alguien
que no hubiera llegado todavía, que en aquel momento
podría estar empezando el viaje
que finalmente lo condujera a ella.
Entonces, bruscamente, mis amigos
dijeron que era hora de pasar a otra cosa.
Fue hace años,
y aunque se me ha olvidado

dónde fuimos y quiénes éramos,
todavía recuerdo el momento en que levanté la mirada
y vi a la mujer mirando más allá de mí
hacia un lugar que sólo podía imaginar,
y todas las veces siento una punzada,
como si justo entonces estuviera saliendo
de las profundidades del espejo
y entrara en aquella habitación blanca, ansioso y sin aliento,
sólo para descubrir, demasiado tarde,
que ella no está allí.

LUNA

Abre el libro del atardecer en la página
donde la luna, siempre la luna, aparece

entre dos nubes moviéndose tan lentamente como si
pasaran horas antes de que llegues a la página siguiente

donde la luna, ahora más brillante, te baja un camino
para llevarte más lejos de lo conocido

hacia esos lugares donde lo que has deseado sucede,
su nombre solitario como una frase suspendida

al borde del sentido, esperando que digas su nombre
de nuevo mientras levantas los ojos de la página

y cierras el libro, todavía sintiendo lo que
es vivir en esa luz, ese súbito paraíso de sonido.

MI NOMBRE

Una vez, cuando la hierba era de un verde dorado
y a la luz de la luna los árboles policromos se erguían como monumentos fúnebres
recientes
en el aire perfumado, y todo el campo latía
con el chirrido y murmullo de los insectos, yo estaba tumbado sobre la hierba,
mientras sentía cómo las grandes distancias se abrían sobre mí y me preguntaba
qué llegaría a ser y dónde me encontraría a mí mismo
y, aunque apenas existía, durante un momento sentí
que el vasto cielo cuajado de estrellas era mío, y oí
mi nombre como si lo oyera por primera vez, lo oí a la manera
en que oímos el viento o la lluvia, pero tenue y lejano,
como si no me perteneciera a mí, sino al silencio
del que había venido y al que regresaría.

POEMA INSPIRADO EN EL SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS

5

Tener sed. Decir: "Tengo sed".
Cerrar los ojos y ver el mundo gigante
que nace cada vez que se cierran los ojos.
Ver la muerte de uno mismo. Ver las nubes cada vez más oscuras
como el paño trágico de un día de luto. Ser el objeto
del luto. Abrir el diccionario del Más Allá y averiguar
lo que uno sospechaba, que la única palabra que contiene
es nada. Intentar abrir los ojos, pero no ser
capaz de ello. Sentir que la boca arde. Sentir la brusca presencia
de lo que, una y otra vez, no se dijo.
Traducirlo y que quedara sin decir. Saber
por fin que nada es más real que la nada.

7

De nuevo escaleras abajo a la misma escena,
a la luna, a las estrellas, al viento nocturno. Pasan las horas
y sólo el arpa a lo lejos y el viento
que se mueve a través de ella. Y pronto el disco gris del sol,
oscurecido por las nubes, flotando en lo alto. Y más allá,
como siempre, el mar de la infinita transparencia, de completa
calma, un lugar de continuo comenzar que tiene en su interior
lo que ningún ojo ha visto, lo que ningún oído ha oído, lo que ninguna mano
ha tocado, lo que no se ha alzado en el corazón humano.
A ese lugar, al guardián de ese lugar, me entrego.

(Traduccions de Dámaso López García i de Juan Carlos Galeano)